

Elecciones en España

Las piedras del camino

Antes y después del 14-M

Mariano Ferrer



Aznar había establecido de manera contundente los objetivos máximos del PP. No se trataba de ganar, sino de ganar como el Real Madrid, apabullando. No le bastaba una victoria a los puntos, quería el K.O.

¿Producto del impacto de 200 cuerpos destrozados? ¿Producto de una manera de hacer política que cayó en la tentación de la soberbia? Mariano Ferrer, periodista y profesor de la Universidad de Deusto hace un análisis de la jornada electoral ocurrida en España el 14 de marzo, que como él mismo señala ha significado un vuelco "tan espectacular y dramático que cuesta situarlo en las coordenadas habituales del análisis de unos resultados electorales".

RESULTADOS DE LAS ELECCIONES ESPAÑOLAS 2004/2000
(Votos escrutados 99,61 %)

	2004			2000		
	Votos	%	Escaños	Votos	%	Escaños
PSOE	10.869.293	42,64	164	7.918.752	34,16	125
PP	9.596.317	37,64	148	10.321.178	44,52	183
IU	1.265.356	4,96	5	947.152	5,45	15
CIU	828.256	3,25	10	970.421	4,19	8
ERC	649.411	2,55	8	194.715	0,84	1
PNV	416.922	1,64	7	353.953	1,53	7
CC	213.849	0,84	3	248.261	1,07	4
BNG	205.613	0,81	2	306.268	1,32	3
PA	179.922	0,71	0	206.255	0,89	1
EA	80.539	0,32	1	100.742	0,43	1
Otros	1.182.495	4,64	2	1.613.577	5,6	2
Blancos	405.382	Participación		366.823	Participación	
Nulos*	260.884	77,23%			68,70%	

* Casi la mitad de los nulos del 2004 provienen del ilegalizado Herri Batasuna

Tardará en repetirse una jornada electoral como la del 14 de marzo. En España y en cualquier país del mundo. Las 72 horas transcurridas entre las bombas de Al Qaeda y la apertura de las urnas hicieron pedazos la imagen de estadista de Aznar, metieron en vía muerta el proyecto político del Partido Popular, y abrieron expectativas de cambio en España que, por inesperadas, cuesta definir con criterios racionales. El vuelco ha sido tan espectacular y dramático que cuesta situarlo en las coordenadas habituales del análisis de unos resultados electorales.

La primera dificultad radica en la duda que el voto del 14-M plantea sobre su consistencia. ¿Refleja las auténticas preferencias de la sociedad, o es consecuencia del impacto emocional de los 200 cuerpos destrozados que un presidente de Gobierno, temeroso de que se convirtieran en dedos acusadores de su alianza incondicional con Bush, se obstinó en convertir en víctimas de ETA?

Tardaremos en saber si las bombas cambiaron realmente el voto de los españoles, o simplemente fueron el catalizador de una reacción contra el modo de hacer política de Aznar que venían detectando los sondeos. En último término, que los resultados hayan podido depender menos del programa de cada partido, o de la capacidad de arrastre de sus líderes, que del impacto de un hecho puntual, aleatorio y autónomo como la masacre de Atocha, no resta importancia al examen de sus efectos y del contraste entre las aspiraciones con las que cada cual acudía a las urnas y la situación en que queda.

Aznar había establecido de manera contundente los objetivos máximos del PP. No se trataba de ganar, sino de ganar como el Real Madrid, apabullando. No le bastaba una victoria a los puntos, quería el K.O. Hundirle el suelo a Rodríguez Zapatero y sumir al PSOE en una nueva crisis de liderazgo que garantizara una legislatura cómoda para su sucesor designado, Rajoy. En el diseño de Aznar, la mayoría absoluta en España tendría efectos colaterales en el País vasco para segar la hierba al proyecto de nuevo Estatuto Político

del Lehendakari Ibarretxe, y en Cataluña para minar la estabilidad del tripartito catalán.

Por razones que no entraban en el guión de nadie, el fracaso de Aznar no ha podido ser mayor. El PSOE ha logrado en el Congreso una mayoría sólida que le permitirá gobernar en solitario con apoyos puntuales. En el País Vasco el PP pierde el liderazgo constitucionalista que pasa a manos de los socialistas, menos hostiles al entendimiento con los nacionalistas vascos, y en Cataluña se ve reducido a un papel marginal, sin capacidad de actuar como freno al proyecto de reforma estatutaria que lideran Maragall y Carod Rovira.

Si nos olvidamos de la fe de Rodríguez Zapatero en la victoria socialista, el objetivo confesado del PSOE era impedir una nueva mayoría absoluta del PP, cuestión de supervivencia para la actual dirección del partido. Sólo en momentos de euforia hablaban de superar al PP en votos, aunque no en escaños, condición que Zapatero se había impuesto para aspirar a formar Gobierno con otros partidos. Su meta en el País Vasco era sobrepasar al PP, y en Cataluña a consolidar el tripartito con ERC e IC-IV mediante una contundente exhibición del PSC de Maragall.

No es preciso subrayar hasta qué punto han superado los socialistas cualquier listón imaginable, ni insistir en que pocos atribuyen la hazaña a sus propios méritos. Como suele decirse, tuvieron la suerte de estar en el sitio oportuno en el momento oportuno. Sólo queda esperar que sepan gestionar semejante oportunidad, que no está exenta de dificultades. Si nunca antes llegó al Gobierno en España un partido con más votos (10,9 millones), tampoco tuvo nunca tantos (9,6 millones) el primer partido de la oposición. El PP gobierna además en la mitad de las comunidades autónomas, en 30 de las 50 capitales de provincia, Madrid entre ellas, y está cerca de la mayoría absoluta en el Senado.

Por lo que respecta a Izquierda Unida, el tercer partido de ámbito estatal acudía a las urnas con la ilusión de consolidar su proyecto de izquierda transformadora, y de-

mostrar al PSOE que tenía que contar con ellos para constituirse en alternativa. La realidad ha sido una vez más cruel con IU. El PSOE que ya cosechó en la transición el fruto de la resistencia del PCE a la dictadura, ha vuelto a aprovecharse ahora de su contestación al PP. Las circunstancias pusieron inesperadamente en valor el llamamiento al voto útil que venía haciendo Zapatero. En IU tienen que empezar otra vez desde abajo.

Si inesperada ha sido la victoria de Rodríguez Zapatero, más lo ha sido aún que el principal derrotado no haya sido Rajoy sino Aznar. La victoria del candidato Rajoy, designado por el propio Aznar para sucederle, se daba por descontada: había recibido de Aznar la herencia de una próspera situación económica en España y una ventaja sólida en los sondeos de intención de voto. En buena lógica, el reproche de la derrota debiera ser para el candidato, pero por la manera de producirse la derrota Rajoy ha pasado a ser la víctima inocente y el vuelco electoral se carga en el debe de Aznar, a quien se le ha caído todo: su apuesta internacional, su lucha contra el terrorismo y los nacionalismos periféricos, y su propio pase al «Hall of Fame» de los grandes políticos.

Aznar desdeñó a Europa para unirse a Bush. Lo hizo, son palabras suyas, para sacar a España del rincón de la historia y ponerlo por una vez del lado de los ganadores. Este es el juicio de Miguel Angel Moratinos, próximo ministro de Exteriores con Zapatero: «Ha ocurrido todo lo contrario. España está en la cuneta de la historia. Ha perdido peso e influencia en Europa, en Naciones Unidas y en Iberoamérica. En vez de líder, ha sido obstáculo para crear una Europa fuerte, para el consenso en el Consejo de Seguridad, para llevar a Estados Unidos al multilateralismo». Tras su derrota, ha tenido en la última cumbre europea la despedida propia de quien no va a ser echado de menos.

También ha supuesto un doble fracaso su apuesta fundamental en política interior: derrotar a ETA y servirse de esa derrota para reconquistar para España (es decir, para el PP) la periferia nacionalista. No

sólo no ha podido terminar con ETA, sino que ha dado entrada en España a la amenaza de otro terrorismo. El PP no ha desbancado al nacionalismo vasco en la Comunidad Autónoma, y ha sido sobrepasado también por el PSE. En Navarra ve cuartearse su hegemonía con el resurgir de opción vasquista plural de Nafarroa Bai. En Cataluña queda relegada al cuarto lugar, tras perder la mitad de sus escaños, y su estrategia ha puesto en órbita a su principal adversario ERC que ha pasado de un escaño a ocho.

Finalmente, también se le ha venido abajo su retirada «imperial». Tras ocho años de gobierno, los últimos cuatro de mayoría absoluta, Aznar lo había dispuesto todo para su tránsito de la política



española al pórtico de la gloria internacional. En vísperas de las elecciones comentaba con un periodista de «Le Monde» cómo había preparado su sucesión y se vanagloriaba de haber renunciado al poder: «Desde que llegué a La Moncloa, he pensado en ella cada día. Me comprometí a dejar el poder y he mantenido el compromiso. El Padre Nuestro nos avisa de no caer en la tentación».

¡Cruel ironía! Los ciudadanos sabían que Aznar se iba pero han querido echarle. Tal vez porque ya hacía tiempo que había caído en la tentación... de la soberbia.

El vuelco electoral se carga en el debe de Aznar, a quien se le ha caído todo: su apuesta internacional, su lucha contra el terrorismo y los nacionalismos periféricos, y su propio pase al «Hall of Fame» de los grandes políticos.

Mariano Ferrer. Periodista, analista político y profesor de la Universidad de Deusto